

MICHAEL D. REEVE, *Manuscripts and Methods: Essays on Editing and Transmission* (Storia e letteratura. Racolta di studi e testi, 270), Roma: Edizioni di storia e letteratura, 2011, pp. xvii + 430, ISBN 9788863723021.

Este libro, dedicado a la edición, historia y transmisión, sobre todo de los textos clásicos, pone a disposición no sólo de los editores de autores grecolatinos, sino también de los editores en general un legado de reflexiones, recomendaciones y logros que, en mi opinión, podrían resumirse en el famoso adagio de Horacio *nullius in verba magistri*. Esta actitud cartesiana del profesor M. Reeve, de la que la sentencia del venusino es un curioso precedente, me parece del todo recomendable, mucho más, sin duda, que el seguidismo académico, no sólo porque permite que la Filología Clásica, como ciencia, progrese, sino también porque presupone que quien así investiga camina sobre hombros de gigantes de su disciplina. Y Reeve reconoce esto, al rendir un profundo reconocimiento a maestros como S. Timpanaro o G. Orlandi (xi y 37, n. 28). Antes de entrar en detalles, me gustaría destacar, ya en el incipit de esta reseña, dos de las conclusiones del autor que más me han gustado. La primera es que ningún editor serio debería obviar la historia de un manuscrito en tanto objeto material que ha sido fabricado en pergamino o papel, iluminado, escrito, cosido y encuadernado, antes de entrar a anilizar el texto, ver las anotaciones en los márgenes (*marginalia*) y hacer una ardua y exhaustiva colación. La segunda es que confiar el liderazgo editor a una computadora, como ha empezado a hacerse, puede resultar peligroso, pese a la multitud de *lectiones* que ofrezca y la rapidez que proporcione. No es tanto, a mi parecer, una condena general contra uso de las nuevas tecnologías en su calidad de herramientas auxiliares de la edición, como una advertencia contra la fe acrítica depositada en ellas, vistos los resultados.

Como recopilación de artículos escritos a lo largo de casi cincuenta años (vii-x), el libro ofrece una buena retrospectiva de la labor investigadora del autor, catedrático de la Universidad de Cambridge, consagrada desde sus comienzos principalmente a la edición, al estudio ecdótico y a la transmisión textual de numerosos autores clásicos, como Longo, Plinio, Vegetio, Cicerón, Livio o Lucrecio (xiii-xvii). Son en total veinte artículos, distribuidos en seis capítulos y de forma estemática los cuatro primeros: I. "The original" (3-23), II. "Stemmatic method" (27-103), III. "Archetypes" (107-31), IV. "Exemplar and copy" (135-207), V. "History and geography" (211-81) y VI. "Episodes in editing" (285-393). Completan el estudio, amén de la introducción (vii-xi), donde M. Reeve ofrece algunas claves de su trayectoria profesional -"From Dörrie I learnt that there were still things to be discovered about

Latin manuscripts”, dice, por ejemplo (viii)-, y una relación de los artículos y reseñas publicados por el autor hasta 2007 (xiii-xvii), la lista completa de los artículos compilados y las revistas donde originariamente fueron publicados (“Bibliographical note”, 395-6), unos “Addenda” (397-9) y, finalmente, los índices, uno general de cosas notables (403-21) y otro de manuscritos e incunables (423-30).

Siguiendo, pues, el criterio jerárquico, el primer artículo “Errori in autografi” (3-23) reflexiona sobre la naturaleza imperfecta de los autógrafos, ya antiguos como modernos. En efecto, en ellos hay errores sintácticos y ortográficos que dan lugar a confusiones textuales. Y de ellas proceden las primeras labores de los críticos editores. Sin embargo, este texto genuino en el caso de los clásicos grecolatinos no se conserva y, en su lugar, se busca el arquetipo (“the oldest obtainable version of the author’s work, is known as the archetype”, 27).

En “Stemmatic method: ‘Qualcosa che non funziona?’” (27-44) Reeve vuelve sobre los pasos de S. Timpanaro y llama la atención sobre la paradoja de J. Bédier, según la cual los editores, al reconstruir un *stemma codicum*, siguen más bien criterios subjetivos que curiosamente desembocan en una propuesta bipartita. Esta simplificación binaria de muchas tradiciones manuscritas encuentra un apoyo en el concepto de decimación matemática propuesto por el editor shakesperiano W. W. Greg. Con todo, Reeve sostiene que los *stemmata* pluripartitos son bastante comunes entre los textos latinos clásicos. Basta tener en cuenta la historia de los manuscritos renacentistas para echar abajo todo interés subjetivo y lógica matemática que simplifique tradiciones textuales en árboles bipartitos (44). “Da Madvig a Maas, con deviazioni” (45-54) vuelve a los comienzos de la clasificación genealógica de los manuscritos, entre los años 1870 y 1927. El fundamento de este principio taxonómico es la innovación común, un concepto originario de la Lingüística Indoeuropea que saltó a la crítica textual, pero que no es aplicable de igual manera a la crítica textual. Uno de los artículos más importantes –de hecho el más extenso– es “Shared innovation, dichotomies, and evolution” (55-103). Discute si las innovaciones textuales compartidas por manuscritos son prueba de afinidad, más concretamente los errores comunes (*vitiorum communio*), según el principio, resumido por J. Froger, de que “la communité des fautes implique la communité d’origine” (57). Como en el artículo anterior, hace hincapié en cómo la Lingüística Indoeuropea marcó el paso a la crítica textual, esta vez gracias a August Schleicher, quien en 1853 dibujó un árbol genealógico de las lenguas indogermánicas que sirvió de modelo para los *stemmata codicum* de las ediciones coetáneas de los autores clásicos (69). El diagrama de estos árboles se configuró en gran medida atendiendo a las innovaciones compartidas por familias lingüísticas. Sin embargo, este método genealógico de conformar familias de manuscritos a imitación de las lingüísticas, queda en duda si tomamos como patrón la historia de la

evolución biológica, donde tienen cabida fenómenos como la contaminación o la poligénesis. Con todo, no son exactamente comparables las evoluciones de los seres vivos y las lenguas y las de los manuscritos: éstos, al contrario que aquéllos, son objetos materiales e individuales: tienen una historia tras ellos que puede explicar las discordancias y similitudes con el original y, en virtud de ellas, reconstruirse mejor.

El tercer capítulo “Archetypes” comienza con un artículo de igual título (107-17). En él reflexiona sobre la historia, falta de consenso y vaguedad del término *archetypus*. Aunque ya en el Renacimiento Poliziano lo había utilizado, fue Madvig en 1833 quién acuñó por vez primera la expresión oficial de *codex archetypus*, que, no obstante, carece a día de hoy de una definición concreta. Tras revisar varias propuestas –de Timpanaro, de Alberti o de Kantorowicz–, Reeve sugiere una doble: o bien un arquetipo es el ancestro común más antiguo de un grupo específico de manuscritos o bien es el ancestro común más antiguo de todos manuscritos conservados (117). “Reconstructing archetypes: a new proposal and an old fallacy” (119-31) se centra ahora en los problemas y falacias de la *eliminatio codicum descriptorum*, como método para reconstituir un arquetipo. La expresión, debida a Paul Mass (*Textkritik*, 1927), ha sido interpretada de forma distinta por críticos como P. Chiesa y E. Montanari. Y Reeve propone una fórmula de aplicación muy sencilla: un *codex descriptus* puede ser eliminado siempre que la lección de un ancestro se conozca (122). Por último, el autor analiza algunas conclusiones de E. Flores en torno a los errores conjuntivos que pueden considerarse falacias (123-31).

El cuarto apartado, en disposición estemática, es “Exemplary and copy” y principia con un artículo (“Misunderstanding marginalia”, 135-44) sobre la importancia de las anotaciones marginales (*marginalia*), ya como variantes para la constitución del texto, ya como notas esclarecedoras sobre su transmisión. “*Eliminatio codicum descriptorum*: a methodological problem” (145-74) puede considerarse continuación y complementario de “Reconstructing archetypes”. Arranca con este aserto: “I shall offer a simple proof that establishing the exclusive derivation of one manuscripts from another is not merely difficult but impossible” (145). En efecto, en la compleja labor de copiado el escriba, por ejemplo, pudo introducir *lectiones* heredadas del ejemplar o de otros cotejados, que en ocasiones pasan por meras conjeturas. Además, los manuscritos, por muy similares que sean, no son fotocopias, de ahí que muy pocos sean indispensables (148 y 165). En cierto modo, la lección es que los *stemma codicum* muchas veces son diagramas enclenques a los cuales sólo datos irrefutables, ya históricos, ecdóticos o textuales, pueden sostentar. El último artículo de esta sección, “A proposal about Modestus, *scriptor rei militaris*” (185-207), viene a ser una demostración práctica de la premisa anterior, al hilo del *Libellus de vocabulis rei militaris* de Modesto, una compilación de *excerpta* del *Epitoma rei militaris* de Vegetio. La contaminación descubierta por el propio Reeve en el código Vat. Lat. 3551

de un fragmento del *Policraticus* (VI 19) de John de Salisbury pone de manifiesto que este manuscrito de Modesto no es el *optimus*, como proponen Tomás González Rolán y Ana M^a Moure Casas.

“A man on a horse” (211-219) comienza el capítulo V, “History and geography”. El título por sí mismo es quizás el ejemplo más obvio de la ironía de la que hace gala el autor en varias ocasiones. Trata de paleografía, viajes y escribas, en suma, del ambiente medieval de las escribanías y de cómo, contra la *communis opinio*, la actividad de los monjes copistas se desenvolvía en ocasiones fuera de sus cenobios, a la manera de viaje de estudios, en los que pudieron hacer colación de otros códices y, de resultas, contaminar la impoluta fidelidad que se les reconoce *per se* a los manuscritos medievales. En “Some applications of Pasquali’s ‘criterio geografico’ to 15th-century latin manuscripts” (221-8), Reeve debate la hipótesis de G. Pasquali de que los códices más valiosos pudieron preservarse en zonas periféricas alejadas de los centros culturales durante la Edad Media. Gracias a las precisas dataciones y ubicaciones de códices debidas, entre otros, a estudiosos como B. Bischoff, G. Billanovich o A. de la Mare, este criterio no se cumple siempre, pudiendo ser manuscritos centrales -esto es italianos- y renacentistas los *meliores*. Con todo, el autor considera que el criterio geográfico de Pasquali debe ser, todavía hoy, un acicate para buscar códices antes de que desaparezcan.

El artículo “The rediscovery of classical texts in the Renaissance” (229-54) aborda, de forma amena, algunos hitos de los redescubrimientos de códices clásicos durante el Renacimiento, como los de Petrarca, los de los prehumanistas padovanos o los de Poggio, y analiza la noción misma de descubrimiento, dado que en ella caben distinguir varias épocas, las diversas labores de multitud de humanistas, ya griegos, como Manuel Crisoloras, ya latinos, como Alfonso de Palencia, y la propia proyección cultural de los textos descubiertos, como es el caso de la *Geografía* de Claudio Tolomeo, cuyo conocimiento animaría el descubrimiento del Nuevo Mundo por Colón (247 y 251). El autor rinde en él también homenaje a estudiosos como R. Sabbadini, B. L. Ullman, A. Campana, G. Billanovich o S. Rizzo, sin cuyos trabajos sobre librerías, catálogos, escribas e iluminadores sería hoy muy difícil datar o contextualizar códices (232). En “Classical scholarship in the Renaissance”, Reeve estudia el origen ciceroniano del término “Humanismo”, ya bosquejado en el exordio del *Pro Archia* (3) descubierto por Petrarca en Liège el año 1333. En su copia Petrarca marcó el pasaje, que ha pasado desapercibido para los críticos modernos, que han intentado erráticamente buscar el origen del término “Humanismo” (257). Este olvido e inadvertencia sirve al autor para llamar la atención sobre la importancia de las obras de los humanistas, su profundo conocimiento del latín y admirable afecto por la Antigüedad Clásica, al punto que los filólogos modernos, especialmente los clásicos, debieran de redescubrir a los humanistas, como ellos hicieron con la Antigüedad Clásica (281).

Abre el sexto y último capítulo, “Episodes in editing”, el artículo “Inspecting the foundations: reflections on Lupus’s edition of Livy I-X” (285-95). En él el autor recuerda, al hilo de la primera década de Tito Livio, que la crítica textual es la labor fundamental de todo filólogo clásico, aún hoy. Hay nuevos datos para hacer mejor la *recensio* y los viejos métodos no han sido aplicados a veces correctamente, como el principio genealógico de clasificación de códices de Paul Lejay. Y es que muchas *collationes* tienen errores que quedan reflejados en el *apparatus criticus*. Y a éste se le concede la fe de los notarios, cuando la experiencia la niega. Por eso, ningún crítico textual puede hacer su trabajo adecuadamente sin tener el texto manuscrito delante (291) y sin poseer buenos conocimientos de codicología (295). “John Wallis, editor of greek mathematical texts” (297-313) presenta una faceta poco conocida de la crítica textual: la edición crítica de textos técnicos llevada a cabo por matemáticos, ingenieros y arquitectos de los siglos XVII y XVIII, en ocasiones con gran acribía y cuyas elegantes conjeturas yacen anónimas incluso en las ediciones modernas (299). Fue el caso de la edición de los *Harmoricorum libri tres* de Ptolomeo (1682) debida a John Wallis. Este ilustre matemático inglés usó ya en su edición, entre otros criterios modernos, un aparato crítico, la localización exacta de los manuscritos y una semblanza histórica de los mismos (306-7). El siguiente artículo, “Gruppenarbeit an Handschriften” (315-21), muestra cómo la colaboración entre filólogos clásicos ya desde finales del siglo XIX permitió conocer y cotejar puntualmente, por ejemplo, a Theodor Mommsen un número significativo de códices de la tercera década de Livio (316). Esta colaboración en equipo es, sin duda, provechosa, y hoy día grupos de trabajo como el Proyecto Persio dirigido por el Profesor Scholz en la Universidad de Würzburg han conseguido microfilmear casi 400 manuscritos. Con todo, esta extraordinaria y prometedora labor de rastreo y recopilación precisa ahora de la colación de los códices, mucho más delicada y embarazosa. Y ante la posibilidad de hacer la *collatio* en equipo, Reeve recuerda la hercúlea y paciente entrega durante 25 años de N. Heinsius al cotejo de 286 manuscritos de Ovidio (319. Cf. *etiam* p. viii). En “Dust and fudge: manuscripts in Housman’s generation” (323-38) Reeve repasa logros paleográficos, conjeturas discutibles y agrias polémicas -en particular sobre la importancia de la transmisión de los textos clásicos (*Überlieferungsgeschichte*)- de maestros de la Filología Clásica de finales del siglo XIX y primera mitad del siglo XX, como A. E. Housman, W. M. Lindsay, Ludwig Traube o A. C. Clark, quienes hicieron importantes contribuciones a la *constitutio textus* de numerosos escritores latinos (338). “*Cuius in usum?* Recent and future editing” (339-59) recapitula muchas de las premisas y reflexiones anteriores. Todavía, dice Reeve, quedan miles de manuscritos por colacionar e incluso por mirar (341). De igual manera, muchas conjeturas precisan de editores que sean capaces de aquilatar su valía (342). Conviene también que los filólogos clásicos mejoren su conocimiento sobre la historia de la transmisión manuscrita durante el

Medievo y el Renacimiento, estando al día sobre los progresos en codicología o paleografía (342 y 358). Pese a la contaminación textual, una edición cabal de los textos, así como una propuesta plausible de *stemma codicum*, es posible, contra la opinión de los antiestemmáticos (342-4). En cuanto a la aplicación de los ordenadores en la *constitutio textus*, Reeve sostiene que éstos son incapaces de establecer correctamente la prevalencia textual de unos manuscritos sobre otros atendiendo a un criterio genealógico, por ignorar las evidencias históricas. Por eso, ediciones realizadas con la ayuda preferente de ordenadores pueden considerarse fallidas, como los *Astronomica* de G. Viré (Teubner, 1992). Hace, al final, el autor repaso de las últimas ediciones de los clásicos publicados en las principales colecciones, como la francesa *Budé*, la alemana *Bibliotheca Teubneriana* y la inglesa *Oxford Classical Texts*, elogiando el talento crítico de algunos editores como M. Winterbottom o S. Rizzo (353-7). El último artículo, "Editing classical texts with a computer: Hyginus's *Astronomica*" (361-93), es una crítica dura a la edición electrónica de los *Astronomica* de Higino llevada a cabo por G. Viré (Stuttgart y Leipzig, 1992). Con su habitual precisión, Reeve desglosa los numerosos errores que contiene. En el *apparatus*, por ejemplo, Viré otorga a B. Bunte, editor anterior de la obra (Leipzig, 1875), la autoría de muchas conjeturas, cuando ya algunas estaban en la *editio princeps* (Ferrara, 1475). Su *recensio*, en manos del programa informático, tiene poca credibilidad, pues clasifica los códices en función de su texto, sin tener en cuenta dato codicológico o histórico alguno. Por eso, su *stemma codicum* resulta meramente estadístico, poco verosímil y, además, deja sin clasificar unos cincuenta manuscritos. Como consecuencia, la *constitutio textus* es también más que discutible y poco genuina (364-73). Ante esto, Reeve termina afirmando: "I am not converted to electronic methods" (393).

La obra conforma, pese a ser el resultado de organizar artículos escritos para muy diversas revistas y obras colectivas, un excelente manual de crítica textual, imprescindible, sobre todo, para los editores de autores latinos. Echo en falta sólo tres cosas: una opinión sobre las ediciones españolas publicadas en la colección *Alma Mater* durante los últimos años, un artículo final que resuma las conclusiones fundamentales de la obra con una propuesta muy concreta sobre el método y ámbito de trabajo ideales para el editor moderno y un análisis sobre las posibilidades de la aplicación y tratamiento de la imagen digital en el estudio de los manuscritos.

En definitiva, que Reeve pueda ofrecer al editor clásico esta obra recopilatoria sin perder el hilo argumental de la crítica textual, prueba una dedicación constante, durante décadas, en la que ha abordado todos los temas fundamentales que atañen a esta faceta primordial de la Filología Clásica. Los datos tan precisos, abundantes y, en muchos casos, conclusivos, presentes en estos artículos y en otros que no ha escogido, como "The Italian tradition of Lucretius revisited" o "Manuscripts of Pliny's *Natural history* in Spain"

(xv), recomendaban esta compilación, y han sido los colegas italianos, con quienes en ocasiones ha mantenido Reeve polémicas, quienes le han alentado y facilitado la editorial “Storia e Letteratura” para publicarla (x). Con esto último, creo, está todo dicho.

ÁNGEL J. TRAVER VERA
veratraver@gmail.com

